



AÑO 1912.—NÚM. 114.

Madrid 28 de Abril ♦ ♦

♦ ♦ Admón. Ferraz, 21.

PRECIO

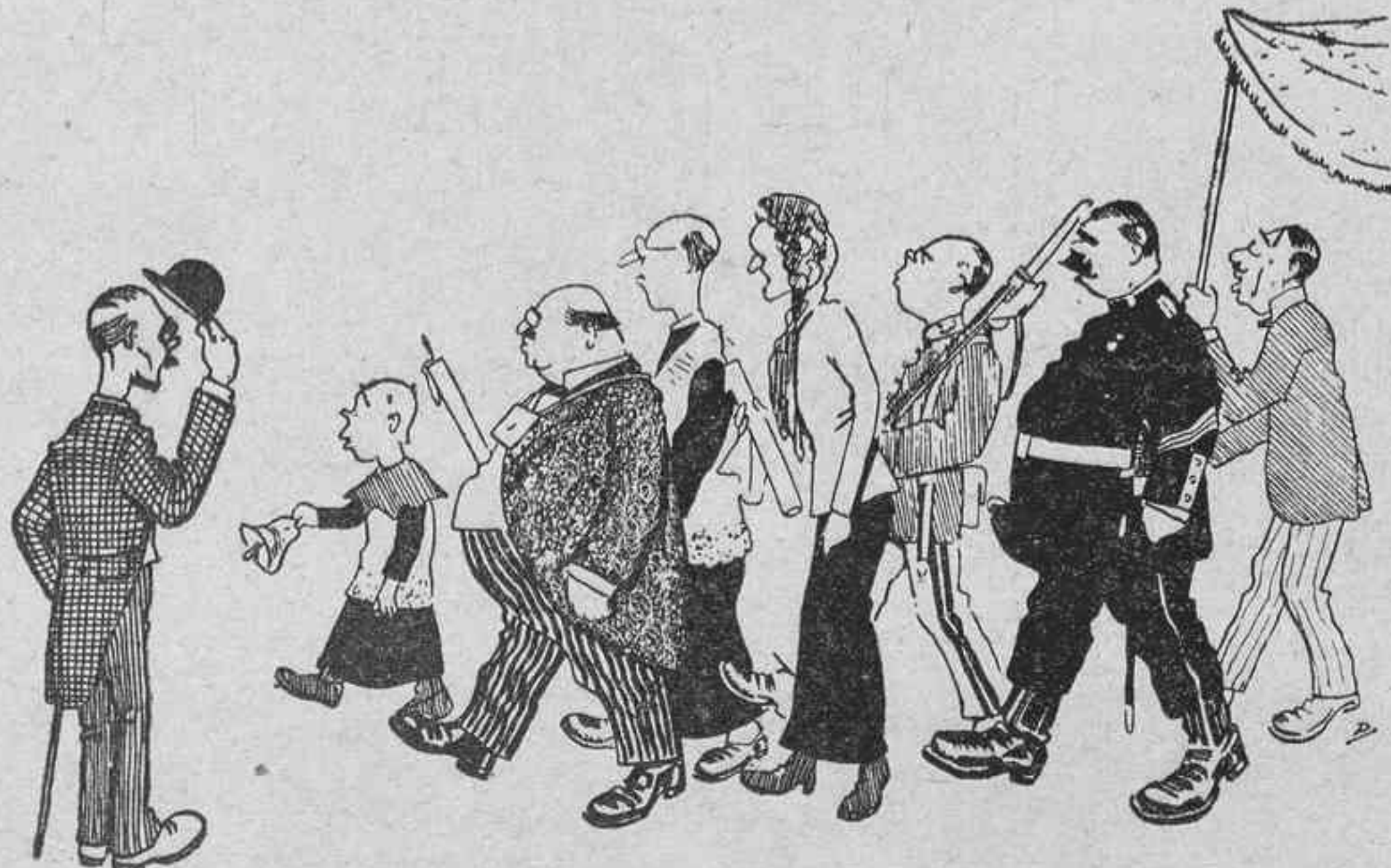
20

CÉNTS.

—Oye, Patro, no hagas caso á ese pollo, que es un «primo alumbrado».
—Y tan «alumbrado». Como que está «á dos velas».

De todo un poco.

Estamos en la época del *Dios chico*, y no me refiero a los *Dii menores* de las catedrales y mezquitas del arte de *Chiclanero* y *Cúcharas*, es decir, á los «ido-



lastros» en quien adora la fervorosa plebe pagana.

LA AFICION (así, con mayúsculas) ha crecido notablemente por obra del divino Mosquera y de su profeta Manuel Retana, los cuales ven aumentar de día en día el tesoro de las limosnas del templo.

¿Cuándo volverá Jesús á la tierra, para expulsar á los mercaderes?

Buena prueba de que la manida y escondida «afición» al espectáculo nacional va en *crescendo* es la lluvia de hojas impresas que ha caído sobre nosotros.

A este paso... atrás, la «sicalipsis»—tan en boga, predicamento y auge en este siglo del aeroplano—tendrá que ceder ante los ímpetus del amor á la tauromaquia.

Pero, dejando aparte á los «héroes» del redondel y á los feligreses de la meseta del torii, «revenons á nos moutons», ó—lo que es lo mismo—volvamos á los borregos de la consabida «alfalfa espiritual»...

Cuando me puse á hablar del *Dios chico*, me «constreñía» á las procesiones de MINERVA que las parroquias de esta Diócesis organizan, para llevar el viático á los enfermos incapaces de sacramentos en el recinto sacerdotal.

No sé qué relación ni concomitancia puedan existir entre la diosa Atenea ó Palas, hija del padre Júpiter, protectora de las artes y de las ciencias y gran maestra de bordadores, tapiceros y costureros de uno y del otro sexo, con el Supremo y Omnipotente Hacedor.

Acaso el titular «minervas» á esas procesiones de barrio se derive de las palabra «minor, minoris», y de ahí el que demos el nombre de *Dios chico* al que se exhibe á la piedad de los transeuntes en las funciones religiosas de primavera.

«Grande es Dios en el Sinaí», según la célebre frase de Castelar, cuando en las Cortes constituyentes contendía con el canónigo Manterola; pero, al manifestarse ostensiblemente por «las ca-

lles, callejuelas, plazas y plazuelas que *tié* Madrid», su grandeza tiene á bien achicarse con objeto de ponerse al nivel de este minúsculo país en que todo, desde los periódicos nacionales, hasta los refrescos ingleses, es ya cosa de á perro chico.

Con la salida de las «minervas» coin-

cide la entrada de los niños y niñas en el período de la vida de pubertad, y los que reciben el Señor bajo el humilde techo de sus ingenuas almas lo hacen por haber ¡ay! perdido la inocencia del corazón.

Los colegiales, con sus lazos de seda blanca festoneados de orlas aurinas; las

ellos con la Sagrada Eucaristía y ellas con el Augusto Sacramento del Altar.

Y esta memorabilísima gloria de la primera comunión me entristece el alma, de la cual ha desertado la fe prístina de mis ensueños infantiles; y me da muchísima pena ver á esas niñas encorsetadas, con las botas de cabritilla ó de lona, las rozagantes faldas, el pelito en tirabuzones y las manos ocupadas por el abanico, el pañuelo, la vela rizada y el marfileño devocionario, galopando por esas calles de Dios (grande ó chico), subiendo millares de escaleras para visitar á sus parientes y á sus amigas, cojeando al anochecer por el cansancio de tan gran ajetreo, bostezando de *aburrición* á la primera noche y cayendo, por fin, rendidas sobre sus virginales lechos; y todo por satisfacer la orgullosa vanidad de sus padres y de sus hermanas mayores, que ya no piensan en más Sacramento del altar que no sea en el matrimonio...

Escolares de diez abriles, mujercitas en embrión y en ciérne: yo os compadezco y os envidio.

Lo primero, porque vais á perder la fe.

Lo segundo, porque aun conserváis la inocencia.

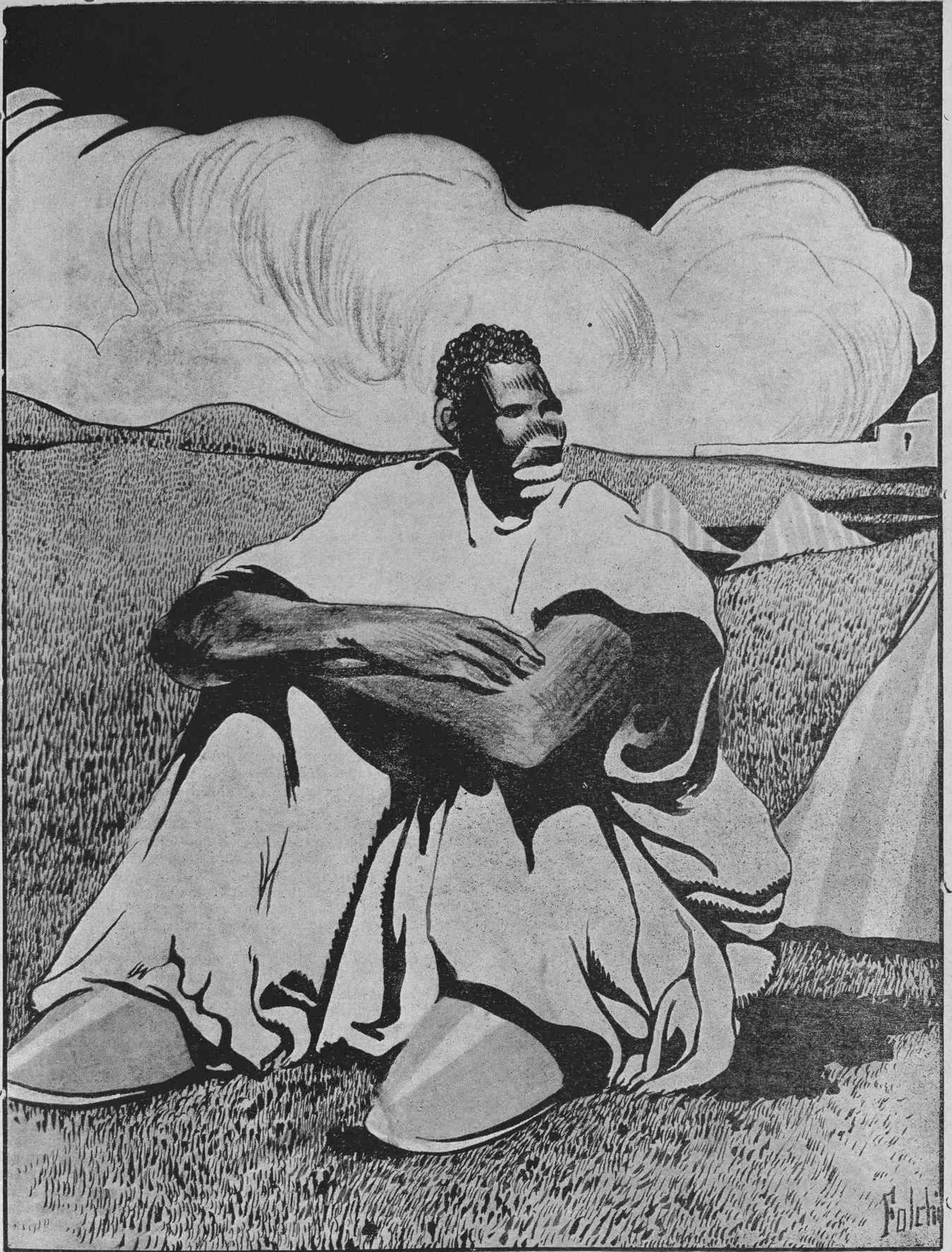
Y sé que dentro de pocos años, al sentir las primeras amarguras del cáliz y al cargar sobre vuestros hombros la abrumadora cruz de la vida, soñaréis con el dulzor de la santa hostia y echaréis de menos la leve carga de



educandas de la *pensión* monjil, con la albura inmaculada de sus trajes de mujer y sus velos de desposadas con el Esposo, celebran sus bodas míticas

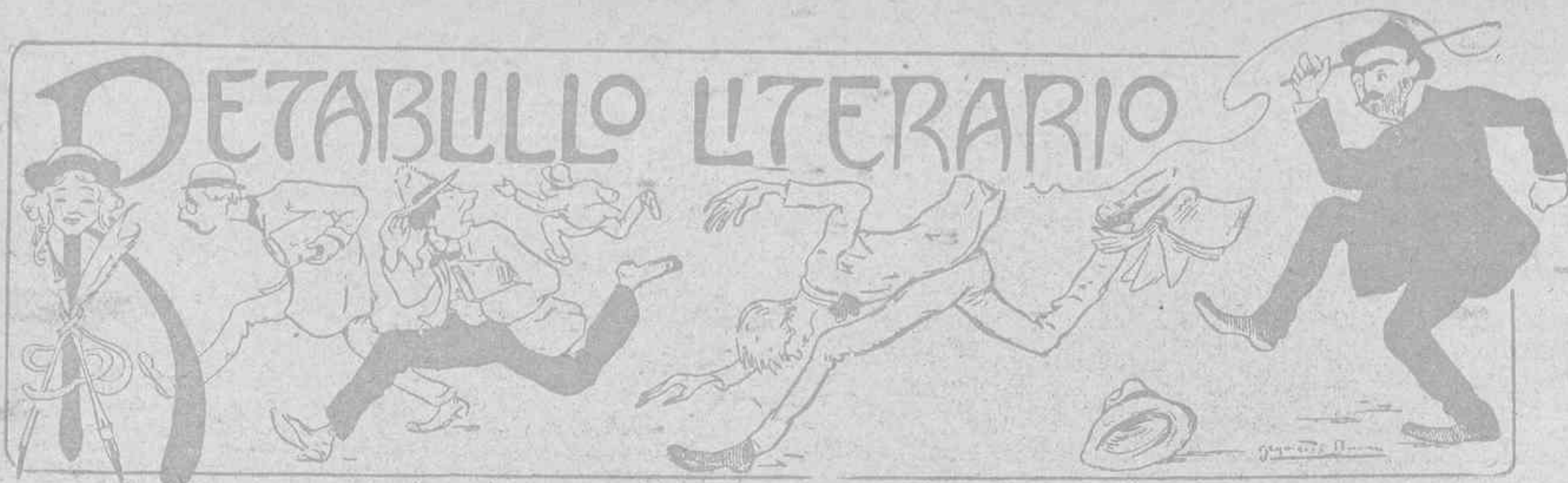
abanico, la vela rizada, el devocionario y el pañuelito con que hoy asistís á las «minervas»...

Carlos Miranda.



Moro que tiene tales *peanas*
no cabe duda que un bravo es,
pues cuando llegue á verse cercado
no necesita que salir *por piés.*]

[2]



TOMÁS Borrás es un poeta de la más noble estirpe romántica: *Las rosas de la fontana* es un libro de baladas, rondeles y madrigales en donde florece el culto ideal á la mujer, la rendida galanía y el espíritu andariego de las Cruzadas. *La balada del rey moro*, *Rosa roja*, *Las náyads del Rhin*, *Primer amor*, *El cruzado*, etc., son poemas medioevales, con una gran gallardía caballeresca, rimados por un poeta de estos tiempos, que conoce el matiz, la musicalidad y la preciosidad de la frase.

La rosa roja es una balada encantadora. *El hermano menor* es, á mi entender, lo mejor del libro. Es un romance, rimado ingenuamente, con un alma bárbara y férrea:

«Caballero mal nacido
el que á su fija engendró;
fija de la concubina,
que de buena mujer no.

En estos versos el sentimiento del honor tiene toda su bárbara magnificencia, su orgullo y su gesto ascenral. Es una canción de juglar, un romance de trovero, cantado en los estrados feudales para holgorio de las damas ó de lugar en lugar para refocilamiento de pecheros y de bigardos.

Queda firme por las armas
sentencia de esta manera:
la fija del castellano
fembra es vil y placentera.

Es el juicio de Dios, el supremo tribunal de la Edad Media, que sostiene el honor de las damas y el culto de la castidad como una rosa milagrosa é inmortal.

Vete en paz, airado niño,
que te vuelves contra mí,
que con tu padre y hermanos
mayores yo combatí.

El hermano menor de la mala fembra, que sale al palenque,

Era de niña su cara,
su cabello rubio era.
Nadie al mirarle creería
que con la lanza pudiera.

El cuarto fragmento de la trova tiene un gran ambiente de época, una gran fuerza emocional:

Hermana, la mala hermana
que lloras en la clausura;
á nuestros padres y hermanos
ha perdido la hermosura.

Por ella fuiste á tu esposo
con tus placeres infiel,
mató en lid padre y hermanos,
y yo le he matado á él.

Hermana, la mala hermana
que lloras en la clausura;
más hombres, yo te lo juro,
no perderá tu hermosura.

A la su hermana el hermano
estas palabras hablaba.
Después, la daga en la mano,
los dos ojos la sacaba.

Las que tienen razón es la composición más moderna, más social, con un sentido anarquizante y una honda emoción de humanidad.

Tomás Borrás ha escrito un bello libro de baladas, con una gran aristocracia lirica y una inefable emotividad poética.

También ha recogido elementos populares, de canciones infantiles. *La balada de las niñas del corro* tiene todo el encanto de poesía de los jardines en primavera y de las vetustas plazas provincianas, donde al caer la tarde van desgranando las niñas la antigua poesía de sus romances.

Borrás es un notable periodista y un gran poeta, y todo esto cuando apenas cuenta veinte años. Yo le envío mi parabién y mi admiración más sincera por su hermoso libro *Las rosas de la fontana*.

*
**

Yo quiero dar las gracias á todos los señores folicularios que han escrito loores de mi comedia lirica *La canción de la farándula*. Gracias á todos, señores míos, y también á los actores del teatro Martín, que la han representado con amor y con inteligencia.

La Tribuna dijo que mientras yo estrenaba en Martín se seguía haciendo en Apolo *El fresco de Goya*, obra en la que hay cinco ó seis autores complicados. Yo agradezco la intención del querido compañero de *La Tribuna*. Pero ¿qué hemos de hacerle? La gente de teatro no lee; suelen estar muy ocupados con sus ensayos y con sus liquidaciones todos los actores y todos los empresarios. Un escritor que haya conseguido un poco de prestigio para su nombre y cuya firma se repita en los periódicos y en los libros constantemente, suele ser completamente desconocido para los señores de la farándula.

Es que no tienen tiempo de leer, y además no les interesa la literatura. Ya tienen el tópico de que los literatos no suelen servir, para el teatro y con él salen de todos sus compromisos.

Uno de esos animales inferiores que circulan por los escenarios, viviendo pingüemente á cuenta de cuatro bellaquerías, tiene más facilidades para estrenar que un escritor que haya demostrado su buen gusto en libros y periódicos.

Por eso he estrenado mi comedia en Martín, donde me han ofrecido una galante hospitalidad y donde la han representado en seguida. *La canción de la farándula* ha obtenido un éxito feliz; es apropósito para todos los teatros abiertos ahora; ¿qué se quieren ustedes apostar á que no lo hacen en ninguno? Es algo amargo decirlo, pero toda la labor de buena intención artística que yo haya realizado, todos estos años de trabajo de conquista del decoro del nombre, vale menos en el criterio de las empresas que cualquier cuplé grosero y estúpido de cualquier ballenato de los que estrenan en los corrales cortesanos.

Emilio Carrere

ÍNTIMA

(Al brillante poeta Emilio Carrère.)

Yo soy como esos pájaros que gustan de la vida
en las dulces auroras, pletóricas de sol,
y que una tarde mueren bajo el azul del cielo
cantando las postreras estrofas de su amor.

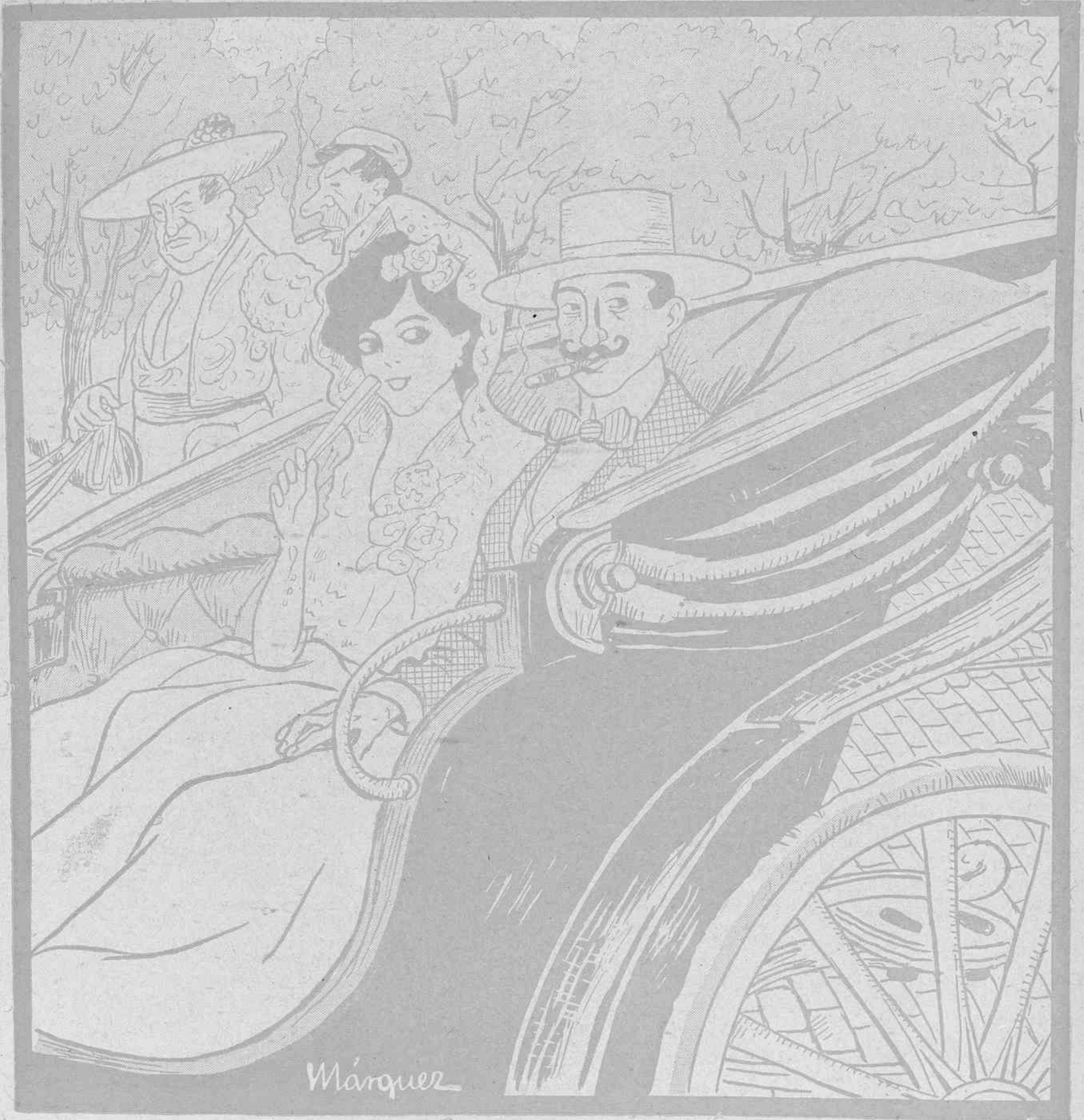
Yo sueño un mundo nuevo, sin viles egoísmos,
nimbado por el oro de la fraternidad,
en el que cuando un hombre alce sus brazos fuertes
no sea en son de guerra, sino para abrazar.

Yo soy feliz cuando alguien me pide con voz trémula:
—Hermano, una limosna en nombre del gran Dios—;
al acceder, gustoso, al ruego del mendigo
una alegría sana llena mi corazón.

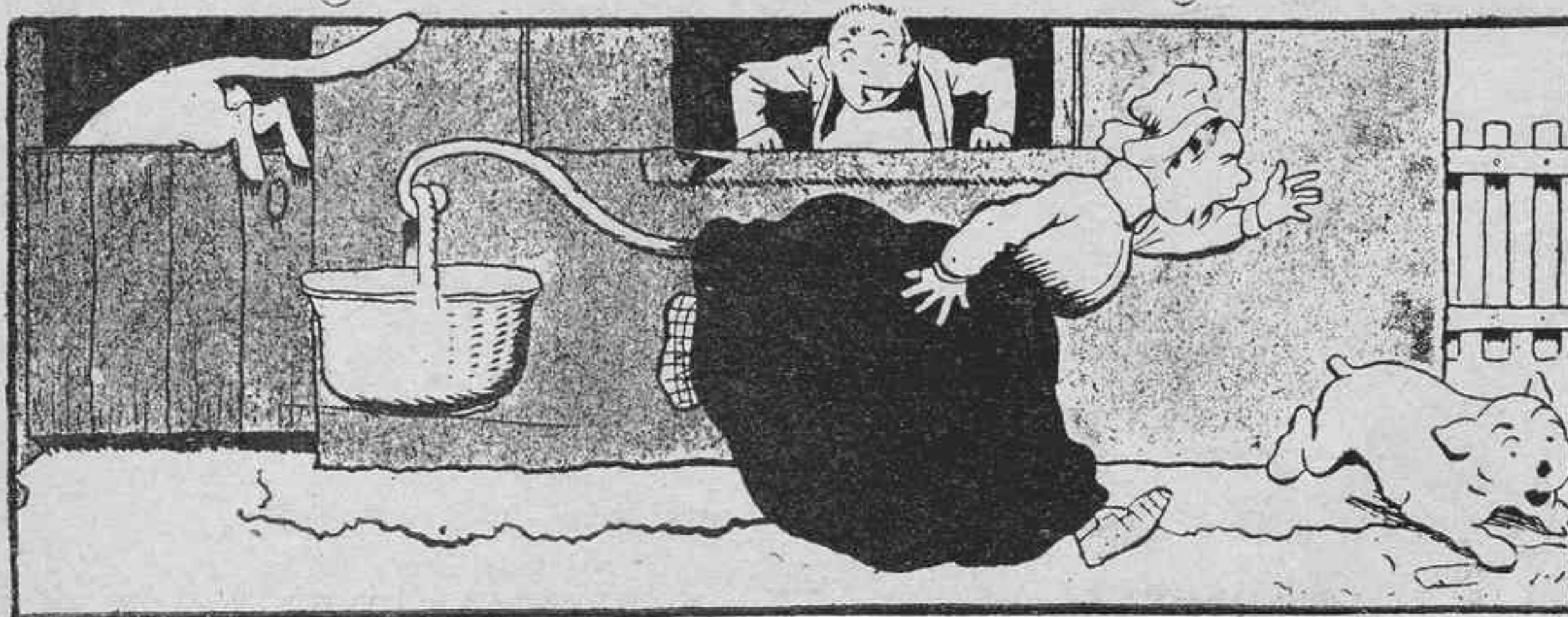
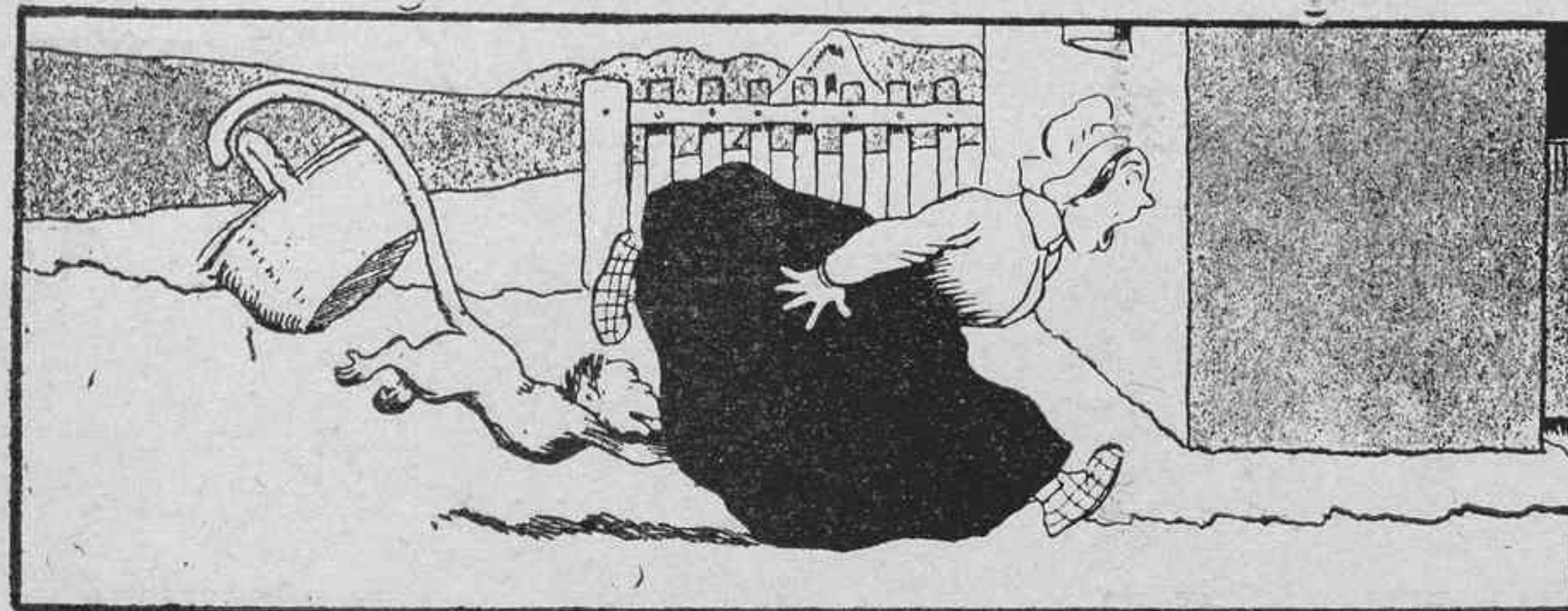
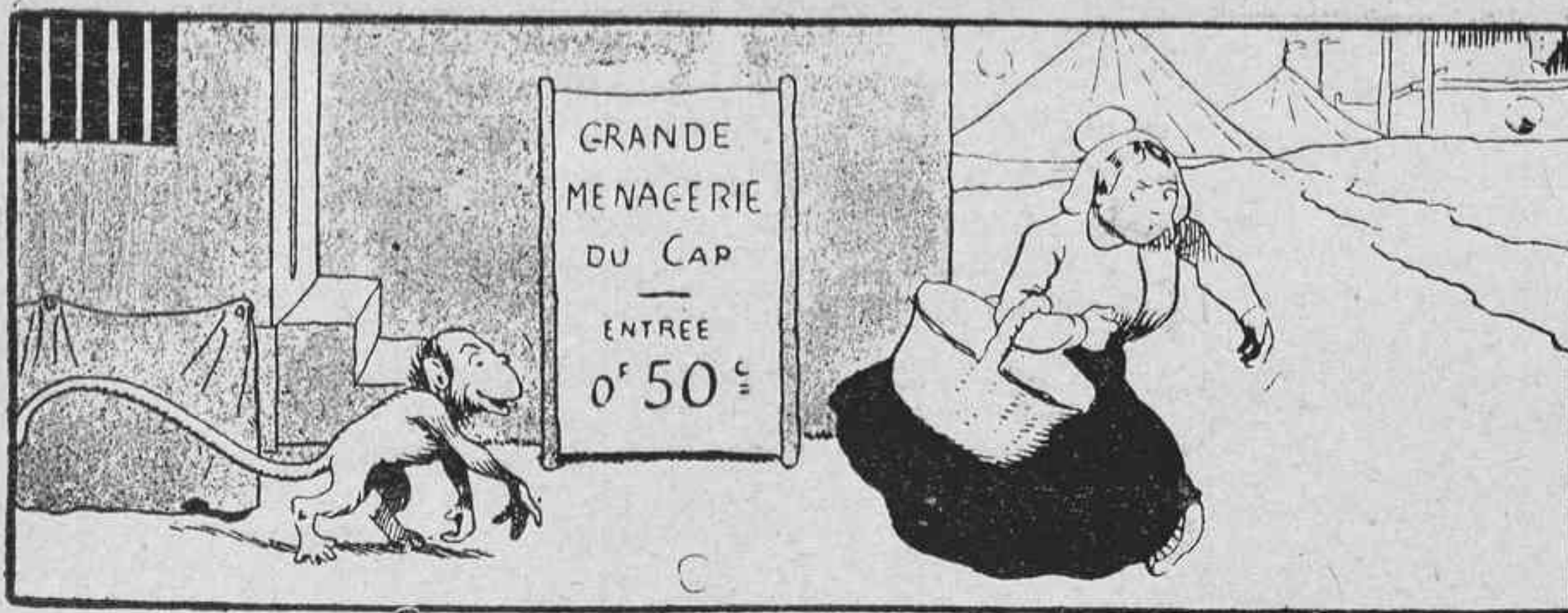
Yo sé que la existencia es una amarga copa
que todos los mortales tenemos que beber;
pero para ser fuertes hay que cerrar los ojos
y, elevando las copas, beberlas de una vez.

Yo soy como esos pájaros que gustan de la vida
en las dulces auroras, pletóricas de sol,
y que una tarde mueren bajo el azul del cielo
cantando las postreras estrofas de su amor.

Diego Quílez.



Aunque él va á modesta grada de sol, se lleva una moza súper, y sale ganando, pues así va á sol y asombra.



Veán cómo una mona, por sí sola, pudo hacer con su ingenio en un instante que sea una doméstica elegante y llegue hasta llevar falda de cola.

EN LOS TOROS

Apoyada en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse á impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrábase aquella muchacha, cuyo nombre ignoro, y todos los ojos se volvían hacia ella, y de todos los labios brotaba una frase de admiración para su belleza, iluminada por los reflejos del sol y por los resplandores de la juventud.

Era hermosa, con esa hermosura que agita la sangre y estremece los nervios, que despierta las codicias de la posesión, que, más que enamorar, enloquece, y antes de conmover, perturba. Todo en ella hablaba á la carne, no al alma; sus ojos negros, llenos de vida, que brillaban con relámpagos de fiebre entre sus pestañas espesas y oscuras; su nariz incorrecta, que abría y cerraba á

breves intervalos sus ventanillos, sobre los cuales dibujaba la luz transparencias color de rosa; sus labios gruesos, rojos, sombreados en la parte superior por un imperceptible bozo, y mostrando en el húmedo hueco que dejaban al entreabrirse una dentadura blanca y pequeña; su barba redonda y fuerte; su cutis moreno, donde proyectaban las sombras de la mantilla esos tonos verdosos que son la desesperación de los pintores; su cuerpo entero, en fin, porque todo su cuerpo era un reto al deseo y una provocación á la espina dorsal.

Esto lo veía yo claramente con la triste y dolorosa claridad de la experiencia; y al par que lo veía, escuchaba el himno de amor y de deseos que, provocado por aquella hermosura, entonaba á mi oído un compañero de juventud y de arte, un pintor que tiene los ojos saturados de líneas y de colores, el cerebro repleto de inteligencia y el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas.

Y mientras mi amigo hablaba crean-

do en su imaginación un idilio, del que eran agentes principales él y la muchacha del palco, abajo, en la Plaza, corría el toro levantando en los vértigos de su carrera torbellinos de arena que se doraban á los rayos del sol, y embestía contra los caballos, desgarrando sus carnes con heridas brutales y asquerosas, y volteaba á los picadores, y seguía en pos de los peones, ansioso de alcanzarlos, y se detenía junto á la barrera bramando de coraje, humillando la testuz y mostrando, al humillarla, el ancho morrillo, lustroso de sangre y de sudor. Rujía el toro; voceaba la gente; gallardeaban por delante de la fiera, capote en mano, los lidiadores; estremeíanse los tísicos jamelgos al caer en el ruedo con la última convulsión de la agonía; sonaban los clarines anunciando el cambio de suerte; salían los banderilleros; y la muchacha del palco, inclinando hacia adelante su rostro curioso, seguía una por una las peripecias de la lidia, con los ojos brillantes, la boca entreabierta, los dientes encajados y las mejillas coloreadas por el placer.

—¡Qué hermosa es!—decía mi amigo entre tanto—. ¿No sientes, al mirarla, envidia de todo cuanto la rodea, de la mantilla que acaricia su frente, del vestido que ciñe su cuerpo, de los curiosos que la contemplan y del aire que se agita sobre su rostro? ¿No ves en esa mujer un venero de goces inagotables, de seducciones infinitas, de venturas eternas? ¿No comprendes que ser amado por ella, que sujetarla entre tus brazos, sentir su aliento junto al tuyo, recoger con tus manos trémulas los latidos de su corazón y aspirar con tus labios el eco de las palabras entrecortadas que ella murmurase, sería la síntesis del placer y la última palabra de la dicha? ¿No lo comprendes?

—El placer, sí; la dicha, no—repuse contestando á las preguntas de mi amigo—. Esa mujer ofrece por su conjunto, por sus actitudes, por sus menores gestos, más amarguras que dichas al hombre que la ame; en ella responderá siempre la materia, el espíritu nunca; fijate con qué satisfacción y con qué entusiasmo contempla la corrida; su rostro no palidece ni ante la sangre ni ante el peligro; el abanico que manejan sus manos la sirve, no para taparse los ojos, para hurtar por breves instantes de los ojos ajenos los tesoros de su belleza; no hay en ella síntomas de ese miedo que se une á la alegría en todas las muchachas que asisten á la fiesta de toros; ella goza, no hace más que gozar, y cuanto mayor es el riesgo, más curiosa y más satisfecha se muestra. Emociones fuerte, rudas, salvajes, emociones que broten de la carne, las proporcionará en todo momento; emociones dulces, emociones que broten del alma y por el alma, no las proporcionará jamás. Nadie puede proporcionar lo que no tiene.

—¡Estás loco!—respondió mi amigo—. ¿En qué te fundas para decir eso?

—En tu propia locura—reliqué yo—. Había llegado el momento supremo, como dicen los aficionados; la hora de matar. *Lagartijillo* (porque aquella tarde mataba *Lagartijillo*) estaba delante del toro con la muleta recogida y el estoque echado á la cara; el toro,

con el hocico lleno de espuma y el lomo cubierto de sangre, permanecía quieto, inmóvil; solamente su pecho robusto y sus poderosos ijares jadeaban, demostrando el cansancio de la lucha; el público dividía su atención entre el hombre y la fiera. El matador dió un paso, acudió el toro, y todos pudimos ver una cosa horrible: la fiera embistió al hombre, lo volteó en sus cuernos y lo despidió, haciéndole describir una curva en el espacio, á cuatro pasos de distancia.

El matador estaba ileso; pero sus calzones desgarrados probaban la violencia de la acometida y lo grave del peligro.

Yo levanté maquinalmente los ojos, buscando á la muchacha del palco.

Al verla, sentí una emoción extraña; toqué en el hombro á mi amigo, y le dije, señalándole el sito ocupado por ella:

—Mira.

La muchacha reía á carcajadas.

Sin duda le había hecho mucha gracia ver á aquel hombre por los aires.

Joaquín Dicenta.

Cuaresma trágica.

¡Pasó al fin la Cuaresma!
Yo no he experimentado satisfacción más grande jamás, exceptuando

el día en que á mi suegra atropelló un «auto». Fué esta Cuaresma trágica para mí en alto grado. Si alguien lo duda, lea el adjunto relato.

En el viernes primero me atraqué de un guisado de col, y al otro día tuve cólico, ¡es claro! Cuando llegó el segundo me comí cuatro platos de berros, y por poco no me fuí al *otro barrio* convertido en *berrendo*, es decir, *berreando*.

El tercer viernes diéronme en vez de berros, nabos, por ser plato más fuerte, según me aseguraron. Y sí que debe serlo, pues sentí al poco rato que las *fuerzas navales* iban bombardeando mi estómago, hasta el punto de quedar como un barco que se va á pique; haciendo *aguas* por todos lados.

Al cuarto las patatas su triunfo proclamaron, y del vulgar tubérculo me dieron tal hartazgo, que en un más grave apuro yo nunca me he encontrado.

—¡Una *tuberculosis*!

—decíame temblando.—

¡Ahora sí que es de veras!

¡Ahora sí que me *largo*!

Mas según el diagnóstico que dieron dos muchachos cerrajeros que estudian para veterinarios,

no fué *tuberculosis* cual yo había pensado; fué un *patatús*, y lógico me pareció á mí el caso, puesto que las patatas la causa originaron. Por variar, al quinto pusiéronme pescado; pero la cocinera cargó un poco la mano de perejil, y ¡ay! esto fué lo que me hizo daño; tanto que la *pelleja* salvé por un milagro. El perejil me expuso á ir al Camposanto, cosa que á mí de fijo me hubiera molestado, porque cuando se tiene la sencillez por hábito, cual yo, y nunca en los trajes adornos se ostentaron, no está bien *in extremis* verse *emperejilado*. Por fortuna, señores, aun estoy sano y salvo, y la Cuaresma trágica ya á su fin ha tocado. No volverá á ocurrirme. Desde el próximo año, al tercer enemigo del alma yo me agarro, y no habré de soltarle aunque me lleve el diablo. El enemigo debe ser siempre *encarnizado*.

Adolfo Sánchez Carrére.

La llegada del calor.

Ya ha llegado la época esperada, ansiada, deseada por todos esos convencidos nuestros, un poco oscuros, un poco ignorados, un poco vulgares, que dan la jocunda idea de gentes que dejan transcurrir su vida mansamente, realizando con una lamentable regularidad sus funciones orgánicas.

Nosotros admiramos á esos excelentes ciudadanos. A los buenos comerciantes, que tienen que componer una sonrisa cuando hacen su tocado, para prodigarla durante todo el día á los parroquianos muy rendida y graciosa-

mente. ¡Bienaventurados los mansos de espíritu!

Nosotros admiramos á todos esos sencillos empleados que poseen una gran letra atildada, que saben hacer unos artificiosos dobleces en el papel de oficio, muy pagados de su alta misión de cliente en el complicado engranaje de la administración; que siempre se hallan postergados, que siempre se hallan descontentos y condolidos por los ascensos de sus compañeros. ¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia!

Nosotros admiramos á esos conquistadores estudiantes, abrumados por un largo curso... de amoríos, durante el que han colocado en el centro de sus cabezas, peinadas con raya, los sólidos cimientos para no saber nunca nada. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Y, sobre todo, nosotros amamos, y quizá este hondo amor nos ha sugerido estas líneas, á todas esas lindas, gentiles, discretas señoritas, que nacen al sol y al calor como las mariposas. Es una floración primaveral, que se agosta á la llegada de los fríos. Cuando las damas suntuosas, envueltas en pieles, buscan los elegantes y confortables refugios del Liceo y de los coliseos, estas damitas, tristes, nostálgicas, ingenuas, escóndense tímidas en sus absurdos mechinales.

Todas estas gentes tienen el espíritu plebeyo de las colectividades. Observad un domingo. Los hombres sonrientes, que han doblado el espinazo ante el mostrador; los hombres huraños, que han doblado el espinazo al peso del expediente y del balduque; los hombres cuitados, que han doblado el espinazo ante las prolíficas dotes de sus costillas, y las niñas sentimentales, que han abatido los hombros de nieve sobre los teclados rebeldes, herméticos, indescifrables, se agrupan, se congregan en los paseos polvorientos, donde la frente no se baña en aires sanos, donde no se respira libremente, haciendo una pequeña mueca desdeñosa y estúpida á las modernas prácticas de salubridad é higiene, para hacer más tarde responsable de sus miserias y lacerias al Sr. D. José Canalejas y Méndez.

Antonio Roldán.



He aquí para lo que sirve el gorro al dentista carero cuando es zorro.



Que los extremos se tocan
reza un antiguo refrán;
y el amor de éstos bien claro
nos lo viene á demostrar.

UN DURO SEVILLANO

Casi al anochecer abandonó Sablítez su cubil miserable y se lanzó á la calle con tan buena fortuna que, no bien hubo dado diez pasos, tropezó con el conocido filántropo D. Eleuterio.

—Felices tardes, D. Eleuterio.

—Hola, Sablítez; ¿cómo van esos negocios?

—De mal en peor, D. Eleuterio, de mal en peor; ahora mismo estaba pensando en suicidarme.

—Hombre, hombre, no diga disparates; tenga confianza en Dios.

—La tengo, D. Eleuterio. Es Dios quien no tiene confianza en mí. Nunca pone á mi disposición una cantidad regularcita con que salir de apuros y realizar los grandes planes que tengo aquí encerrados.

Y al decir esto, Sablítez se golpeó la frente con trágico ademán.

Don Eleuterio, conmovido, le estrechó la mano, deslizándole al mismo tiempo un duro y deseándole pronto y total remedio para sus necesidades.

—Muchas gracias, D. Eleuterio. Si todos los hombres fueran como usted. Con mil doscientos millones que dicen que hay... —murmuró Sablítez, y corriendo al estanco más próximo pidió

una cajetilla de cincuenta céntimos, arrojando majestuosamente su duro sobre el mostrador.

Cogiolo el estanquero, lo miró, y dijo despectivamente:

—Es sevillano, caballero.

—¿Sevillano? ¡No puede ser! Si me lo acaban de dar ahora mismo en la calle de Barcelona.

—Pues es sevillano—repitió el estanquero colocando la cajetilla en la anaquelera.

Sablítez intentó pasar su duro en dos ó tres sitios, sin conseguirlo. Al fin, descorazonado y maldiciendo del filántropo D. Eleuterio, entró en un café y tomó asiento.

El camarero se le acercó solícito.

—¿Qué desea usted?

—La lista—respondió Sablítez con voz imperativa.

Eligió dos platos fuertes, que comió con devorador apetito, bien regados con una botella de Valdepeñas; luego llamó al cerillero y le pidió un cigarro puro. Lo encendió y se puso á saborearlo lentamente, entre sorbo y sorbo de café, siguiendo con la vista las azuladas espirales de humo (qué cursi me ha resultado este final). Acabado el café y mediado el puro, llamó al camarero.

—¿La cuenta?

—Cuatro treinta, señorito.

—Toma. Guárdate el resto.

El camarero miró y remiró el duro insistentemente.

—¿Qué, es malo? —interrogó Sablítez.

—Sí, señorito. Es sevillano.

—Es horrible. Yo no sé en qué está pensando la Policía. Toma uno la moneda confiadamente, y luego resulta... El caso es que, casualmente, no tengo otra moneda.

—No importa, caballero. Mañana me pagará usted.

—Sí, hombre, no faltaba más. Es un favor que nunca olvidaré.

Y salió á la calle orondo, mayestático, pensando en el empleo que debía dar á su duro.

Un ciego venía en dirección contraria cantando un número de la lotería.

—¡El cuarenta y tres mil *pelao*! ¡La suerte para mañana! ¿Quién lo quiere? ¿Quién quiere la suerte? ¡Los dos mil duros!

Sablítez vió el cielo abierto. Compró un décimo, y el ciego, tras de sonar el duro en el asfalto, le devolvió dos pesetas. Luego vendió el décimo en diez reales y se dispuso á ver una piecicilla.

Al día siguiente Sablítez sufrió un desvanecimiento al ver la lista de la lotería: el cuarenta y tres mil *pelao* era el primer premio. Cuando volvió en sí se encontró en brazos del filántropo don Eleuterio, que acertó á pasar por el lugar del accidente en el momento de ocurrir éste.

—¿Qué le pasa, Sablítez? ¿Qué le ocurre?

—¡Ay, D. Eleuterio, la debilidad! Como ayer me dió usted un duro sevillano, todavía estoy en ayunas.

El Reverendo Bonifacio.

Al pasar de las olas.

«Vano es luchar; las olas van y vienen
y venimos y vamos con las olas...»

MANUEL PASO.

I.

Lentamente se desliza
la barquilla por el mar...
¿El agua azul que se riza,
dónde la habrá de llevar?
¿Borrascas inesperadas
la perderán en la bruma?
¿Irá á playas nacaradas
entre penachos de espuma?
¡Pobre barquilla!...
¡Sigue el camino!...
¿Dónde el destino
la llevará?
¿Llegará al puerto...?
¿Callada y sola
bajo una ola
se perderá?

II

También yo voy navegando
por el mar de la ambición;
también detrás voy dejando
la estela de la ilusión.
¿Llegaré á seguro puerto
entre mirtos y laureles?
¿Caeré por lucha muerto
entre desprecios crueles?
¿Veré la Gloria,
diosa divina
que se imagina
mi corazón,
ó caeré muerto
con mis pesares
bajo los mares
de la ambición?...

Joaquín Dicenta (hijo).

LA AMENIDAD DEL CAMPO

El primer hombre que pronunció esta frase debía ser un rústico socarrón y malicioso á la manera de Sancho, porque, en efecto, el campo debe ser muy ameno, muy pintoresco y aun muy higiénico para los campesinos, pero para los hombres ciudadanos que estamos acostumbrados al tibio y muelle confort de las casas, ó por lo menos al vaho desentumecedor de los hospitalarios cafetines madrileños, esos fortalecedores baños de aire puro de la campiña nos sientan como si á un tuberculoso le obligaran á subir á Mont-Blanc.

Ejemplo de esto es una excursión que días pasados tuve la precisión de hacer por la tan gloriosa Castilla la Vieja, solar de nuestros mayores y campos donde nosotros, los pobrecitos contemporáneos, de menos férrea constitución que los antiguos, podemos ir á solazarnos durante estos dulces días invernales con la preconcebida idea del suicidio ó con la estoica abnegación científica de aquel intrépido explorador Franklin que sucumbió entre los témpanos helados del Polo Artico.

Caminábamos á lomos de nuestras mulas andariegas, sistema de *locomoción* muy á propósito para quedarnos ateridos. Apenas salimos de Pomarada un viento capaz de aventar los encendidos pensamientos de la más caldeada mollera comenzó á mugir y silbar en las esqueléticas ramas de los árboles sin fronda, fustigando, restallando en nuestras caras, acorchando nuestras orejas y narices hasta el punto de hacerlas insensibles.

—Qué, ¿hace fresquito?—nos decía, en diminutivo y todo, nuestro acompañante, con un olímpico desprecio hacia los elementos desencadenados.

—Sí, sí, un poquito—le contestábamos, queriendo disimular nuestra flaqueza orgánica, mientras de puro encogernos juntábamos nuestro estómago con la espina dorsal.

—¡Bah!—continuaba el rústico—, esto es al principio, hasta que pare el aire. Y, en efecto, cuando ya llevábamos un largo rato caminando y ya presentíamos que íbamos á quedarnos como un pájaro, paró el aire... y ¡comenzó á nevar, copiosa, frenéticamente!

—Menos mal, menos mal—seguía diciendo el aldeano—, esto ya es otra cosa. La nieve caliente. No hay cosa mejor para la tierra.

La afirmación de que la nieve es una cosa que caliente nos dejó desconcer-

tados y estupefactos, y comenzamos á sospechar si aquel rústico quería tomarnos las erizadas y escarchadas cabelleras. Le maldecíamos de haber dirigido á la nieve, en alas de nuestra fantasía y de nuestro lirismo, tantos laudatorios adjetivos y de haber hecho á su costa tantas albas y altisonantes imágenes literarias. ¡Oh, nieve blanca, nieve pura, nieve inmaculada, nieve eucarística, qué malos ratos nos haces pasar!

Renegábamos de la literatura, de la Naturaleza y hasta envidiábamos á Monte-Cristo, ese aristocrático fabricante de lugares comunes que trama sus crónicas de sociedad y baraja su larga lista de títulos sobre las muelles alfombras cortesananas á la luz de resplandecientes constelaciones de diamantes y al calor de los perfumados efluvios gastronómicos del *buffet*.

Después hubimos de vadear un río. Vano empeño. La riada había recrecido el caudal y tuvimos que caminar largo rato sobre las huertas anegadas, hundiéndose las caballerías en el fango hasta la cincha y salpicándonos un cieno negruzco y nauseabundo. Viento, nieve, cieno, desencadenarse de tormentas y temporales. Y para recreo de la vista, unos campos assolados y desolados. ¡Qué bello panorama!

Quando regresamos á Pomarada iba-

mos congelados, maltrechos y pensando que, en definitiva, el hombre que por vez primera habló de la amenidad campesina debía ser un socarrón villano malandante.

Constantino Amador.

El vivir de las flores.

(Soneto.)

I

Primavera.

Oculto en el fondo de un jardín flo-

entre la arboleda hay un cenador; [rido
en él, bajo un palio de ramas tejido,
gustan dos amantes las mieles de amor.

La niña es tan rubia, tan dulce, tan

como la alborada de un día de Abril; [bella
cuando el galán habla, ríe la doncella
con su fresca risa pícaro y pueril.

Los pájaros cantan sus tiernos amo-

Un rojo capullo en la empalizada [res...
revienta, surgiendo lozana una rosa.

Y sobre sus pétalos de vivos colores,
revoloteando entre la enramada,
á posarse viene una mariposa.

Mario Sancho Ruiz-Zorrilla.



Telegrafía sin hilos
que Marconi no inventó,
pero que da tanto juego
ó más que la de aquél dió.



—¿Te gusta este desnudo?
—Me gustaría más si estuviera de frente.

—¿En qué pensáis llevando ese traje?
—En los apuros que pasarían los romanos cuando hiciera aire.

Chulería morisca.

—Hola, Antero.
—Hola, Dótilo.
—¿De qué estás?
—De Maú.
Siéntate. Aquí otro quince, garçón.
—Mérci, mosiú.
—¿Y qué vida?
—Ahora vengo de actuar en el Perú.
—¿Con la Guerrero?
—Magras.
Con él y la Lulú.
—Basta.
—Ya me comprendes.
—Ni una parol de pliú.
—¿Habís hecho negocio?
—Hicimos tururú.
—¿Y el primache?
—En París nos dejó sin un sú.
—¿Y eya, qué hace?
—Lo de antes, en cá madám Frú-Frú. ¡Y tié la primer mano bordando un canesú!
.....
.....
—Hablemos de la guerra.
—A ver si dices mú.
—Si sigues de esa forma serás siempre un zulú.
—¿Vas á hablarme de moros?
—Va á ser una intreviú: oye.
—No pierdo chilaba.

—Chilaba dirás, tú.
—Es ídem.
—Bueno, pero no me hagas el jiusiú con la lengua.
—Dispensa.
—Se sabe hasta en Moscú que yo estuve en Melilla.
—(Por mor del *esparrú*) (1).
—Con la fonda pagada.
—Me lo contó el Cucú.
—Y andé desde el Muluya hasta Guad-el-Jelú. He corrido yo mundo. Orán, Argel, Corfú, Reus, París y Londres, Panay, Joló, Cebú, del Kert al Llobregat, del Rif á San Feliú. Si tengo yo una historia...
—Más que el César Cantú.
—¿Qué mascas?
—Náa, continúa.
—Ahora bien. ¿Piensas ú, si se quiere, no entiendes que tanto rendibú con los búes es coba y hacer náa más el bú?
—Lo que entiendo es, Antero, que estás algo barlú. Esos son confidentes, igual que la Lulú.
—No me compares, Dótilo, una *p* y una *q*, pongo por caso. Son al revés, rualatú. Bú-Pelé, Bú-Melé, Bú-Benzí, Bú-Benzú, puedes al Bú que quieras

llevarle al ambigú y osequiarle con pastas, vino, té y alajú. Pero, ¿qué sacas dél? Menos que el Esaú.
—¡Ni un plato de lentejas te doy yo por el Bú! Son unos fantasiosos que lleve Bercebú, unos farsantes que andan haciendo un bululú.
—¿Y el Mojamed? ¿Y el Gato?
—Jarabe de tolú.
¿El Mojamed? Mojama.
¿Dices el Gato? ¡Fú!
—¿Cuála es tu idea?

—Fijate.
Quemar el Gurugú y asfisiar á la jarca.
—Me paece un buen debú.
—Si no es custión de puños. ¡Es maña.

—Adiós, Rakú.
—A Alá va á arderle el pelo, pués decir taboú, que me voy á la guerra.
—Lo mismo que Mambrú.
—Como te pitorrees, te doy con el bambú.
—No. Ves, y así que vuelvas y vengas por el clú, te canto una romanza de P P y doble V.
—¡Gachó, pos ni que fueras la señorita Brú!

Por la u...nisonancia,
José de Laserna.

(1) Expendición de moneda falsa.

DANZA

Música del maestro Romero.

Piano

mod^{to}



ff

First system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music is marked *ff* (fortissimo). The right hand plays a melodic line with eighth and sixteenth notes, while the left hand provides a rhythmic accompaniment with chords and single notes.

mf 1er Tiempo

Second system of musical notation, marked *mf* (mezzo-forte) and labeled "1er Tiempo". The right hand continues with a melodic line, and the left hand has a more active accompaniment with frequent chords.

Third system of musical notation, continuing the piece with similar melodic and accompanimental textures.

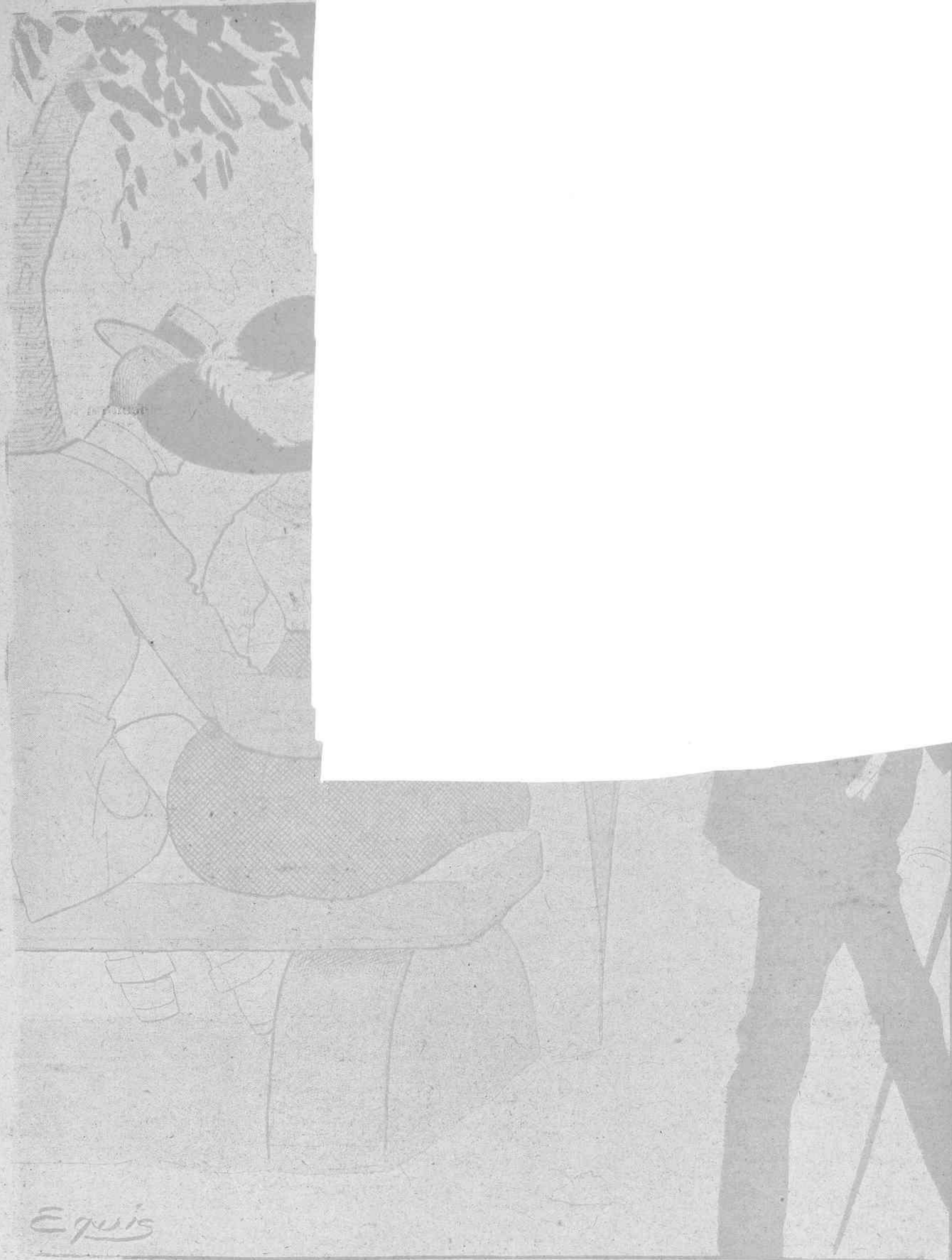
Fourth system of musical notation, showing further development of the musical themes.

Fifth system of musical notation, featuring a prominent melodic line in the right hand and a steady accompaniment in the left.

8^a
p *f*

Sixth system of musical notation, marked *p* (piano) and *f* (forte). It includes a first ending bracket labeled "8^a". The piece concludes with a final chord in the right hand.

Linares



—Pues señor, después de ver á esta pareja no cabe duda de que el Amor es ciego. ¡Pobrecillos!
Tienen que andar *á tientas*.

¡Demasiado tarde!

Estaba yo el otro día en la estación del Norte y acababa de partir el tren, cuando vi venir corriendo por la cuesta de San Vicente á un buen señor, bajo y regordete, que sudando á mares, gesticulando con frenesí y soplando como una foca viuda y desconsolada, entró como una tromba en el vestíbulo.

Miró en derredor con ojos asustados, y con una voz entrecortada por el hipo exclamó:

—¡Ah! ¿Se ha marchado el tren?

Y como le respondieran afirmativamente, el buen señor se fué sudoroso y sofocado, murmurando por lo bajo:

—Es singular. Yo creía que me iba á sobrar tiempo.

Mientras se alejaba me dijo el empleado:

—¿Ve usted, caballero? Pues lo mismo pasa después de la partida de todos los trenes. Si salieran una hora más tarde, habría también gentes que llegarían con retraso. Hay que creer que es una epidemia.

Y el funcionario de la Compañía se alejó á su vez, sacudiendo la cabeza y alzando los hombros. Yo me puse á pensar en su comentario, diciéndome

que tenía razón; porque efectivamente hay en este bajo mundo una porción de gentes que parecen destinadas á imitar á los guardias, llegando tarde á todas partes.

He conocido á un pobre diablo cuya existencia no fué más que un resumen de este género de desventuras. No sabría decirlos cómo se las arreglaba, pero es lo cierto que su divisa fatal era «siempre demasiado tarde».

La literatura le tentó en un principio, y admirador como era del ingenioso matemático y sabio dramaturgo señor Echegaray, escribió un drama de corte echegarayesco. Si no hubiera tardado diez años en estrenarlo, la obra hubiera sido un éxito. Pero se representó en plena reacción contra los abusos teatrales, y ni el castigado Sinesio recuerda un *meneo* tan estrepitoso como el de mi amigo.

Después se hizo bolsista, pero jugaba indefectiblemente al alza cuando la baja comenzaba y recíprocamente.

Se enamoró, cosa que, por cierto, le ocurrió dos veces seguidas. La primera fué de una señorita. Pidió su mano y le contestaron enseñándole la pulsera de pedida que otro pretendiente le había regalado la víspera.

La segunda vez se enamoró de una

mujer casada. Tras unas semanas de perfecto amor, descubrió en su adorada un museo de imperfecciones morales y físicas que ni siquiera había sospechado; y le escribió que se separaba de ella con desesperación, porque la estimaba demasiado para hacerla olvidar sus deberes, y que se resignaba á sufrir su desventura por no haberle podido ofrecer su nombre. Al día siguiente le sorprendió la visita de la excelente señora, que se arrojó en sus brazos gritando:

—Pepito, Pepito, mi marido ha tenido un ataque de apoplejía. Soy viuda.

No tuvo más remedio que casarse con ella.

Pero tantos sinsabores acabaron por atacar su organización, y el infeliz José tuvo una congestión cerebral.

La criada fué á llamar al médico; recorrió las casas de diez galenos y en todas le respondieron que el doctor había salido hacía dos minutos. Cuando volvía á casa sin encontrar lo que buscaba, le preguntó el portero:

—Oye, Victoria, ¿qué te pasa que estás tan apurada?

—Me pasa que el señorito está en la agonía y que no puedo encontrar médico.

—¡Cómo! Hay uno que ha tomado ayer mismo el cuarto tercero en esta casa.

El doctor en cuestión llegó. Miró.

—Es demasiado tarde. Si me hubiesen llamado diez minutos antes le hubiera salvado.

Le han enterrado hace unas semanas.

A última hora no había llegado el ataúd. Fué necesario buscar otro, lo que ocasionó un retraso de dos horas. En el camino se desarregló una de las ruedas de la carroza fúnebre. Cuando llegaron al cementerio habían ya cerrado la puerta.

El empleado de la estación del Norte tenía razón: hay gentes que nunca pueden llegar á tiempo.

L. M. M.



M. F.—(Madrid).—No está mal verificada su composición; pero tiene poca fuerza cómica. Procure afinar la puntería y veremos el modo de complacerle.

Un consejo: elija otro género menos sobado que el chulo

¡Les da por ahí á tantos escritores!

«¿Sirve?»—(Tudela).—¡Ya lo creo! Ha elegido usted una clase de papel muy fino y muy apropiado.

H. I. J.—(Logroño).—Siento en el alma tener que continuar el orden alfabético para contestarle. Pero no me queda otro recurso. S. H. I. J... ¡K!

P. N.—(Tarragona).—Mande otra cosa menos fúnebre. ¡Ah! Y en lo sucesivo adopte un pseudónimo cualquiera. Tiene usted unas iniciales comprometedoras.

A. S.—(Lorca).—¡A. S.! ¡A. S.! ¡Que ha robado una poesía!

INFORMACIÓN TEATRAL



—Es verdaderamente artístico el espectáculo que han presentado en el teatro de la Princesa.

—¿Te refieres al ciclo histórico teatral?

—Al mismo; he visto dos sesiones y de las dos he sacado maravillosa impresión.

—Bueno, es que tú te impresionas por cualquier tontería...

—¡No seas majadero! La cosa merece la pena de tratarla en serio.

—Por mí tienes permiso hasta para llorar...

—*El genio de la Comedia* es un ensayo de teatro fantástico, digámoslo así, que a los enamorados del arte, sea cual fuere, no tiene más remedio que producirles cierto encanto. Díaz de Mendoza se ha hecho una vez más acreedor de sinceras alabanzas por el espectáculo que, bajo su acertada dirección, ha presentado en el coliseo de su propiedad.

—Ya sabes que en lo tocante a prodigar elogios al aristocrático comediante, soy siempre de los primeros, y me cuento entre sus muchos y buenos admiradores. Si te parece, hablemos de *Arsenio Lupin*.

—No soy partidario de hablar de nadie...

—Me refiero a la adaptación escénica, en tres actos, que han hecho los señores Gabaldón y Gutiérrez, de la interesante novela del mismo nombre, y que se ha estrenado en el Cómico.

—Pues, francamente, la obra estrenada en el coliseo de la antigua calle de Capellanes pertenece al género de producciones que hoy en día está más de moda. El primer acto, el más flojo de los tres, ya empieza a interesar al espectador, que de buenas a primeras «diquela» quién es el ladrón de guante blanco. Presta atención a sus maquiavélicas combinaciones de experimentado ratero, de fino instinto, audaz y trapisondista como el que más, si los hay por este estilo. En el acto segundo, la acción aumenta en interés, nos sorprende la astucia de Lupin, que en el acto tercero le conduce a la victoria definitiva, dejando al detective derrotado en sus funciones policíacas, cual si se tratara de un subordinado del señor Fernández Llano.

—Ese desenlace viene a ser el mismo que de *Raffles* y por el estilo al de *Jimmi Sanson*.

—En efecto, estas tres producciones, del mismo corte, se parecen bastante en «su totalidad», que dicen en *El fresco de Goya*. Se parezcan ó no, el público gusta de verlas, y de la misma manera que se ha llenado muchas noches el teatro de la Comedia por ver

Raffles y *Jimmi Sanson*, acudirá en todo lo que falta de temporada al Cómico a conocer al elegante ladronzuelo *Arsenio Lupin*; esto no cabe duda, y es lógico que así suceda.

—Explicame esa lógica.

—En primer lugar, por la obra, que no se queda atrás de sus dos hermanas citadas anteriormente; y en segundo lugar, por admirar el sublime trabajo que realiza la inconmensurable Loreto Prado, interpretando el papel de Arsenio Lupin.

—Estará para comérsela.

—Por lo menos para tirarla un «bocao»; extraordinaria, magistral, archisuperiormente ¿Y Chicote? Aplícale todos los adjetivos encomiásticos que se te ocurran, y tal vez te quedes corto. Chicote es un detective completamente distinto y «pa» mí bastante mejor—que los ya conocidos; ha hecho una creación del personaje que representa. ¡Bravísimo, don Enrique! El resto de la interpretación también merecen sus aplausos correspondientes: las señoras Franco, Castellanos y Medero, y los señores Soler, Castro, Ponzano y Delgado.

—Quiere decirse que ya hay obra para rato en el Cómico.

—Muy bien dicho, esa es la fija...

—En cambio en Eslava...

Han pintado bastos... *El cuarteto de Pons* desafinó de sorprendente forma la noche de su estreno.

—Sí, Arniches y García Álvarez en esta ocasión no han estado todo lo afortunados que fuera de desear; lo que es el maestro Lleó ¡no digamos!... ¡Qué musiquita Qué cosa más mala! El jardinero que cuida las plantas de su desmoronado hotel, con toda seguridad que si se encarga de ella, la habría hecho mejor.

—Peña estuvo colosal en su papel, haciendo titánicos esfuerzos por salvar la obra, y escuchó personalmente calurosos aplausos...

—Para los autores, en particular para Lleó, pues Pons... Pons... que suprimida la s significa pateadura, verdadero resumen del «cuarteto»...

—¿Y qué me dices de *La canción de la farándula*, zarzuela estrenada con merecido y ruidoso éxito en Martín?

—Pues te diré que lamento con toda mi alma que su autor, el notable novelista Emilio Carrere, haya consentido estrenar su preciosa obra en un teatro como Martín, toda vez que *La canción de la farándula* es merecedora de ser representada en otro teatro de más fuste, y en donde la habrían dado muchas representaciones. Carrere se ha presentado como autor dramático con la expresada zarzuela, y tanto él como el

maestro Corral han demostrado evidentes disposiciones para el logro de risueños triunfos en la escena.

El teatro Martín ha cerrado sus puertas, dando por terminada la temporada, ¡si harían *negocio!*...; y sepan la empresa y el público en general, que la única obra que han estrenado, obra repito (no lo confundan con la serie de disparates que hemos padecido uno tras otros), que merece mención honorífica, ha sido *La canción de la farándula*, que conste.

—Choca, que estamos de acuerdo. Ya te habrás enterado que el doctor Madrazo ha estrenado un nuevo drama en tres actos, titulado *Herencia y educación*.

—El ilustre santanderino viene estrenando más que Mihura, que es el colmo; ahora que los dos corren la misma suerte, por desgracia, bastante mala.

—Pero vamos a cuentas...

—No me vengas con numeritos...

—Calla, vehemente pollo... El doctor Madrazo, si no ha obtenido todavía un éxito grande como dramaturgo es debido a su desconocimiento de autor en el difícil arte de mover los muñecos en la palestra del escenario. El sabio médico no desarrollará sus producciones como mandan los cánones de Talía; pero, en cambio, pone de manifiesto ideas laudatorias, temas nuevos, valientes, reales, que en manos más peritas al escribir para el público desde la escena, a estas fechas el Sr. Madrazo habría alcanzado un puesto preferente entre sus compañeros, los autores de primera fila.

—Tal vez esos errores obedezcan a esas apreciaciones tuyas.

—Indiscutiblemente. Como pensador enamorado de sus ideas, yo aplaudo al Sr. Madrazo; como autor dramático, confieso que dista mucho de satisfacerme su labor.

—Opino de la misma manera.

—Con tu permiso, me está esperando una chica...

—¡Pillín!...

—Una chica alemana que me voy a beber en la cervecería inglesa. ¿Gustas?

—¿Chicas a mí? ¡Sin reparar en la nacionalidad!... Vamos a escape...

Colirón.



A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.

MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO

Talleres en Madrid

NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA
75 %

ECONOMIA
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

UNICA IRROMPIBLE